

NOVELA E HISTORIA

*El proceso de creación y el rescate de la memoria**

Celia del Palacio

He dedicado mi vida académica a la investigación histórica de la prensa y los últimos nueve años a la escritura de novelas históricas. Aunque la creación literaria no es una novedad para mí: tenía cuatro años cuando escribí mi primer poema y ocho cuando escribí los primeros cuentos. A los 12 escribía novelas románticas en las que el protagonista era un ídolo juvenil del momento y, claro, yo misma.

En la preparatoria, mis novelas eróticas eran leídas por mis compañeras de clase con la misma velocidad con que yo las escribía, y estuvieron a punto de convertirse en motivo de expulsión del colegio de monjas, de no haber sido por el criterio abierto de las propias madres quienes, debo reconocer y agradecer, alentaron mi creatividad y mi rebeldía. Por eso estudié letras. En los últimos semestres de la carrera ya había publicado varios cuentos en revistas estudiantiles y había ganado un concurso universitario de poesía. Escribir era lo único que sabía hacer, mi mayor pasión. Pensé que a eso dedicaría mi vida, pero el destino tenía otros planes: tomé varias desviaciones en el camino antes de llegar a publicar

La memoria es una fuente más del conocimiento histórico. Incluso llega a ocurrir que el hecho histórico relevante no sea el acontecimiento en sí, sino la memoria, a pesar de (o debido a) sus tergiversaciones, desplazamientos, negaciones, que por sí mismas pueden mostrar elementos decisivos de un momento histórico.

una novela, que es lo que siempre había deseado.

Antes de concluir mis estudios comencé a trabajar como asistente de investigación en la Universidad de Guadalajara. En aquel momento había muy pocos investigadores y uno solo que dedicaba su empeño en descubrir la obra de los autores jaliscienses del siglo XIX: Wolfgang Vogt. Bajo su guía nació mi pasión por la historia de la literatura regional, por la historia cultural del siglo XIX, por las bibliotecas oscuras y los viejos periódicos. Ese fue el parteaguas en mi vida. A partir de entonces me dediqué fundamentalmente a la investigación histórica de la prensa regional en México, y continué mi formación primero en una maestría en sociología con terminal en comunicación y luego en un doctorado en historia.

A la par de seguir con mi formación académica, publiqué primero una *plaquette* de poesía: *Espirales del deseo*, que recibió el premio universitario Adalberto Navarro Sánchez. Luego, mi libro *Otra buganvilia en la ventana* ganó una mención honorífica en el premio Internacional Navachiste en Sinaloa. Ya vecindada en Xalapa, se publicó una compilación de mis poemas, y un par de años más tarde publiqué *Manantial de arena*. Con esto quiero mostrar que la creación literaria insistía en colarse en mi vida académica de historiadora de la prensa.

Cuando una se acerca a un objeto de estudio, a un personaje, no lo hace solo por razones académicas, lo diga claramente o no. No es solo lo objetivo, sino mucho de subjetividad lo que está en jue-

go. Válido o no, es absolutamente cierto. Y la honestidad académica debería abarcar el hacer conscientes, explícitas, las razones del interés por una figura, un tema, un momento histórico particular. Como dijera Carolyn Steedman (1992), al escribir una biografía, el autor enmascara la propia. Las novelas que he escrito no solo tienen un tema histórico sino que han intentado ser biografías noveladas de diversos personajes con mayor o menor relevancia histórica. Antes de seguir adelante, quisiera mostrar brevemente algunos componentes de mi cajita de herramientas para acercarme al tema que pretende abordar este trabajo.

Jacques Legoff afirma que “la memoria es la materia prima de la historia” (1988, 10-11); Elizabeth Jelin nos habla de la forma en que ambas se relacionan: la memoria como recurso para el proceso de obtener y construir datos sobre el pasado, el papel que la investigación histórica puede tener para “corregir memorias equivocadas o falsas” y, en general, la memoria como objeto de estudio en la investigación (Jelin 2001, 63). Otros autores afirman que la memoria es lo opuesto a la historia, ya que “la memoria sería la creencia acrítica, el mito, la invención del pasado, muchas veces con una mirada romántica o idealizada del mismo. La historia sería lo fáctico, lo científicamente comprobado, lo que realmente ocurrió” (La Capra, cit. en Jelin, 65). Las nuevas corrientes de la historiografía hablan de la historia como narrativa construida, donde no puede llegar a saberse con toda certeza “lo que realmente ocurrió”, sino que tendremos versiones más o menos documentadas con mayor o menor rigor, de un hecho determinado.

Yo creo que la memoria es una fuente más del conocimiento histórico. Incluso llega a ocurrir que el hecho histórico relevante no

sea el acontecimiento en sí, sino la memoria, a pesar de (o debido a) sus tergiversaciones, desplazamientos, negaciones, que por sí mismas pueden mostrar elementos decisivos de un momento histórico: ¿Por qué se recuerdan esas cosas y no otras? ¿Por qué de esa manera particular? ¿Cómo se llenarán los huecos más tarde? ¿Quién lo hará? Y lo más importante, ¿quién recuerda?

Según Roland Jaccard, “cualquiera que cuenta su vida la transforma en una novela, único modo de escapar a la mediocridad y la vía de acceso a la verdad que no cesa de ocultarse” (Jaccard 2007, 12). Proust estaría de acuerdo cuando dice: “Toda vida puede ser materia de una novela, lo cual supone que toda vida es interesante” (cit. en Del Palacio, 1981). Ahora bien, me pregunto: qué características debería tener una vida para formar parte de la historia.

José Gaos (1960) apunta como características de un hecho histórico, de “lo memorable”, las siguientes: lo influyente, lo decisivo, lo más y mejor representativo de lo coetáneo, lo persistente, lo permanente, lo pasado que no ha pasado totalmente, lo que sigue presente en lo presente. No estoy tan segura de esta definición, según veremos más adelante. Yo prefiero la afirmación de Frederic Jameson: “la historia es lo que duele” (Jameson 1981, 102). Y a mí me ha dolido el olvido. Por eso, tanto en mi quehacer académico como en las novelas, he procurado volver a hacer presentes las figuras, los hechos del pasado que por alguna razón se han olvidado.

Las biografías son un elogio, diría Gittings (1997, 22), un elogio didáctico, y en las novelas que he escrito sin duda ha habido mucho de ello. Elegí a los personajes porque me parecieron “influyentes”, “decisivos”, como dijera Gaos, aunque no siempre han sido “re-

presentativos de lo coetáneo”, sino por el contrario, de alguna manera han sido excepcionales y, a pesar de ello, se han olvidado cuando deberían seguir presentes. De hecho, mi apuesta es que esos personajes de algún modo siguen presentes, se rehúsan a morir, están en nosotros de muchas maneras a pesar de que no siempre escuchamos sus voces. A veces se necesita de un médium que haga audibles las voces de los muertos; me gusta considerarme ese instrumento y con mucho tiento asumo esa función. Es una grave responsabilidad hablar por alguien que ya no puede hacerlo, defender a quien ya no tiene voz.

Mi tesis de licenciatura se centró en el análisis de la primera generación romántica de Guadalajara, la cual dio a luz a la primera revista literaria de aquel lugar en 1852: *El ensayo literario*. Sin ese minucioso trabajo de investigación no hubiera sido posible escribir la novela que al fin publiqué, después de 13 versiones y 23 años, en 2008: *No me alcanzará la vida*. En ella cuento la historia de Miguel Cruz-Aedo, un poeta que cambió la pluma por la espada en la Guerra de Reforma, así como de sus amigos del grupo liberal reformista de la Falange de Estudio: Ignacio L. Vallarta, José María Vigil, Aurelio L. Gallardo y Pablo Jesús Villaseñor, entre los más conocidos.

Mi intención era dar a conocer la vida y obra de este poeta prácticamente desconocido que entregó su vida a la causa liberal. Sentía una responsabilidad personal de rescatarlo del olvido en que la historia lo ha dejado. Mientras que algunos de sus colegas conquistaron una modesta gloria años más tarde –hablo de José María Vigil y de Ignacio Luis Vallarta, por ejemplo–, él no mereció una calle, una estatua, una mención siquiera en los libros de historia regional a pesar de haber escrito



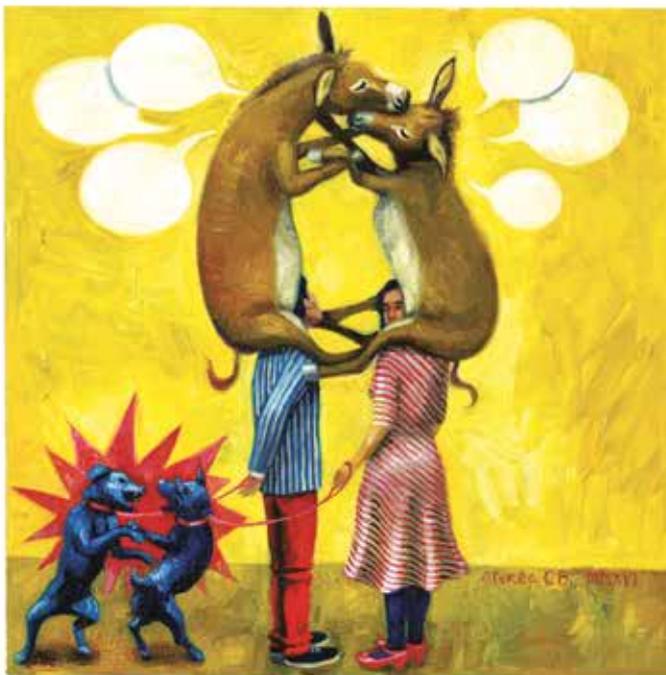
Historieta de amor

y pronunciado los discursos más flamígeros contra la Iglesia, de haber publicado poemas representativos del romanticismo mexicano y la primera novela de costumbres tapatía; a pesar de haber promovido la publicación de periódicos y revistas en Guadalajara y en Du-

rango, para impulsar la causa liberal y de haber entregado su vida en este último lugar defendiendo sus convicciones. Se había borrado de la memoria de los tapatíos al parecer de manera irreversible.

La protagonista femenina de esa novela era por supuesto mi

alter ego: una historiadora que vuelve a Guadalajara después de muchos años y encuentra una ciudad donde se conjugan la fantasía (el mar que llega hasta el lado poniente) y la memoria histórica. Sus propios recuerdos de juventud se desvanecen en la obsesión por



Historieta de amor

revivir la Guadalajara de 1852. A las calles actuales superpone las de entonces en la búsqueda de un fantasma, hasta hacerlo real o diluirse ella misma en la marea incontenible de la historia. Me siento orgullosa de poder decir que, después de la publicación de esa

novela, algunas personas, dentro y fuera de Guadalajara, han vuelto a mencionar a Cruz-Aedo.

Animada por la publicación de mi primera novela, y ante la cercanía del bicentenario, hice una pequeña investigación sobre las mujeres que habían participa-

do en la guerra de independencia. Esto me hizo reflexionar en lo poco que se conocen a nivel popular, ya no se diga los hechos, sino ni siquiera los nombres de esas mujeres. Al indagar en la vida de Leona Vicario, me pareció increíble no haber estado familiari-

zada con ella. Entonces me entró la inquietud de “re-escribir y re-interpretar la historia donde se tome en cuenta no solo el sujeto masculino, sino también el femenino”, como dijera Ana Lau (2015, 21). Gisela Bock dijo que “la experiencia de las mujeres tiene una historia que es independiente de la de los hombres y es una historia propia: de las mujeres como mujeres” (Bock 1989, 221, en Lau, 2015), y Lau completaría: “... esta tiene la misma complejidad que la de los hombres, pero la trayectoria vital y los tiempos femeninos son distintos” y así deben ser analizados (Lau 2015, 23). Yo añadiría que así también deberían ser narrados.

Para mí, “lo que duele” es la invisibilización que han sufrido las mujeres tanto en los relatos históricos tradicionales como en las novelas históricas hasta hace pocos años. Desde mi trinchera, desde lo que a mí me concierne, creo que no basta recuperar históricamente a las mujeres –aunque es imprescindible– sino que es preciso articular nuevos relatos sobre ellas a lo largo de la historia, a fin de “sacudirse las imágenes y las descripciones [...] elaboradas por otros para condicionar la conducta de las mujeres y crear para ellas una segunda piel de la que es difícil escapar”, como dice Isabel Burdiel (2016, 19).

Si retomamos las características de lo que es historia según Gaos, vemos que difícilmente los hechos de las mujeres podrían considerarse como “influyentes”, “decisivos”, “representativos de lo coetáneo” en el sentido más tradicional. Por eso coincido con Burdiel en que lo importante es cambiar las preguntas: ¿qué es lo importante y qué lo marginal?, ¿qué es lo grande y qué lo pequeño?, ¿quién define qué es lo influyente y decisivo?, ¿por qué otro ha de decir qué es lo representativo de una época y qué es lo subalterno?, ¿por qué habría que

seguir luchando por la inclusión de las mujeres al Gran relato de la Historia? Habría que cuestionar incluso la existencia de ese relato.

En mis novelas sobre las mujeres hay, por supuesto, una gran admiración por las figuras femeninas cuya historia he intentado recuperar, y estoy plenamente consciente de que no he escrito biografías en sentido estricto. No me interesa el intento de biografiar en toda regla a un personaje, ni de escribir novelas plagadas de datos y discutir si esta u otra versión es “más verdadera”. Suscribo las palabras de Freud: “no se puede ser biógrafo sin comprometerse con la mentira, el disimulo, la hipocresía, la adulación; y eso sin tener en cuenta la obligación de enmascarar la propia incompreensión. La verdad biográfica (tanto como lo que ‘realmente pasó’ en la historia, añado yo) es inaccesible...” (Freud en Jaccard, 2014). Más valdría admitirlo antes de empezar y, por ello, creo que la literatura, la invención, es el camino más honesto para presentar el relato de una vida.

Es decir, en verdad no sé dónde se reencontraron Leona Vicario y Andrés Quintana Roo, pero lo más plausible, según las fuentes que he consultado, es que haya sido en Chilpancingo durante el Congreso del Anáhuac. Hasta ahí la historiadora. ¿Cómo fue su noche de bodas? Eso ninguna fuente puede aclararlo hasta hoy. Si Leona se soltó la melena para bailar frente a la hoguera al compás de tambores afroestizos en la tierra caliente de Guerrero, sería imposible comprobarlo. A mí me gusta imaginar que sí. Yo intento romper la estatua de bronce de la heroína y dibujarla libre, atrevida, sensual, dueña de su cuerpo; eso que pocas veces se le permite a las heroínas en los relatos históricos tradicionales.

Escogí a las brujas afrodescendientes de Veracruz por la

misma razón en *Las mujeres de la tormenta*. La sangre negra ha quedado proscrita entre los mestizos urbanos. A las mujeres atrevidas, contestonas, peleoneras, se les sigue llamando brujas. Quise hacer visible un linaje de mujeres poderosas, reunidas en grupos, que sostiene y precede a las que ahora somos. Quise contribuir a recuperar la memoria de lo que hemos sido. Durante mucho tiempo se nos ha hecho creer que las mujeres rebeldes, mujeres libres son cosa del pasado reciente; en ese sentido poco me importa que la madre de Mwezi realmente haya existido: lo que sé de cierto es que hubo más de una esclava negra que, al sufrir vejaciones de los blancos, se atrevió a lanzar una maldición terrible antes de morir, que causó (o no) un huracán.

También quise hacer patente que no es preciso firmar tratados de paz o declaraciones de guerra para merecer un capítulo en la historia: basta con haber preparado pócimas de moco de guajolote para “amansar” a los maridos golpeadores, ayudar a parir o curar huesos y lograr un poco de paz danzando juntas en la oscuridad del monte. Quiero pensar que en esa novela pude recuperar aunque sea una pequeña parte de esa memoria ancestral femenina que está en los conjuros mágicos, la adivinación, las leyendas y los mitos.

Finalmente, para la novela *Hollywood era el cielo*, escogí a un personaje controvertido: una actriz de los años veinte, treinta, cuarenta, que ahora poca gente recuerda: Lupe Vélez. La protagonista es a primera vista poco heroica. En México bailó *shimmy* y *charleston* en los teatros de revista, y se mudó a Hollywood buscando el cielo, como tantos mexicanos hasta hoy. Explotó su imagen latina y no le importó usar su sexualidad como arma. De hecho, a ella se debe el estereotipo que prevalece actual-

mente de la bomba sexy latina: atrevida, habladora, incontrolable, que actrices como Salma Hayek en sus inicios y Sofía Vergara todavía, encarnan con éxito. ¿Cuestionable? Tal vez, pero sin duda mejor que la imagen de la mexicana que prevalecía hasta entonces: trenzas y rebozo, la mujer sumisa que esperaba el regreso del bandido, del *greaser*.

Los motivos de su muerte y las circunstancias que la rodearon siguen siendo materia de especulación. Ante la leyenda negra de su suicidio, que muestra tanto el racismo como la misoginia, yo propongo una versión alternativa a partir de las fuentes a las que tuve acceso. Poco me importa si esa es “la verdad”; es mi manera de traer a Lupe de regreso, es mi modo particular de acompañarla en su última noche, darle el consuelo que merecía y que ya no tuvo. Narro, igualmente, los acontecimientos que siguieron a su muerte, el tortuoso viaje de regreso a México, en el que se plasman las miserias humanas de todo tipo, pero también la solidaridad y la compasión.

Lupe Vélez fue a su modo una heroína, pero no fue una santa, como quieren hacer creer algunos de los admiradores que le quedan. Ni santa ni puta. Una mujer exitosa con angustias de todo tipo y problemas sentimentales. Adorada por multitudes, olvidada hoy, con su vida les mostró a miles de jóvenes latinas en los Estados Unidos que una muchacha de San Luis Potosí, con un dólar en la bolsa, podía llegar a Los Ángeles y triunfar en el cine, hacerse amante de Gary Cooper y casarse con Tarzán.

Pero también, con su vida muestra a las mujeres contemporáneas que una de nosotras en 1940, en medio de circunstancias desfavorables, con su trabajo logró un éxito económico notable y una independencia en la vida personal que le permitió buscarse amantes,

conquistarlos y no ser mantenida por ellos, sino a menudo mantenerlos ella, viajar sola por el mundo, establecer un estilo propio y ganarse el respeto de la industria cinematográfica naciente. No es poca cosa.

Creo firmemente que, al igual que Sofía, la historiadora que logró volver al siglo XIX pero no salvar a su amante; que Leona, la mujer de la elite que parió a su hija en una cueva de Nanchichitla; las brujas veracruzanas que si bien no lograron cambiar el curso de la historia con sus pócimas –como a mí me hubiera gustado–, por lo menos dejaron una historia de empoderamiento femenino a través de Lilith; o Lupe Vélez, que conquistó el cielo y dejó un legado de éxito para las jóvenes latinas en los Estados Unidos (que apenas las estudiosas feministas chicanas están revalorando) todas ellas merecen un lugar en la memoria y un sitio en la historia.

Mis novelas son un intento de cambiar un poco la representación, la narración tradicional que han hecho otros de ellas en su mayoría varones, pues han omitido algunos hechos, interpretado sesgadamente otros, y con ello, han creado una imagen precisa de lo que debe ser una mujer: santa, silenciosa, obediente, en el mejor de los casos una estatua de bronce, y, si no obedece las reglas, una bruja, una puta, una loca, que merece morir con la cabeza en la taza del baño o en la celda oscura de las cárceles de la Inquisición. A todas, a todos nos toca ahora cuestionar esta imagen, replantear la historia y hacernos otras preguntas para re-construir la memoria a partir de nuevas narraciones. **LPyH**

REFERENCIAS

Bock, Gisela. 1989. “El lugar de las mujeres en la historia”. En *Sociológica*, no. 10.

Burdiel, Isabel. 2016. “¿Qué poder para qué historia?”. En *Letras Libres*, no. 215, noviembre, 19-25.

Del Palacio, Jaime. 1981. “Últimas palabras”. En *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*. Coordinado por Langer, Marie, Jaime del Palacio y Enrique Guinsberg. México: Folios ediciones, 232-240.

Gaos, José. 1960. “Notas sobre la historiografía” En *Historia Mexicana*, vol. 9, no. 4. 8 de mayo de 2018. <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/885/776>

Gittings, Robert. 1997. *La naturaleza de la biografía*. México: INAH.

Jaccard, Rolland. 2007. *Retour à Vienne*, ed. Melville. París: Leo Scheer.

_____. Rolland. 2014. *Freud*. México: Paidós.

Jelin, Elizabeth. 2001. *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI.

Jameson, Frederic. 1981. *The Political Unconscious*. Nueva York: Cornell University Press.

Lau Jaiven, Ana. 2015. “La historia de las mujeres, una nueva corriente historiográfica”. En *Historia de las mujeres en México*. México: INEHRM.

Legoff, Jacques. 1988. *Histoire et mémoire*. París: Gallimard.

Steedman, Carolyn. 1992. *Past Tenses. Essays on writing autobiography and history*. Londres: Rivers Oram Press.

NOTA

* Este trabajo fue presentado en el Coloquio Memoria y Escrituras en la Facultad de Letras de la Universidad Veracruzana, el 13 y 14 de junio de 2017. Quiero agradecer a Magali Velasco la oportunidad de poder participar en ese coloquio y de compartir esta reflexión sobre mi proceso creativo. Para su realización debí recurrir forzosamente a un ejercicio de memoria que resultó personalmente muy fructífero.

Celia del Palacio (Ciudad de México, 1960) es doctora en Historia y miembro del SNI (nivel III). Sus temas de investigación son la historia de la prensa y las relaciones entre historia y ficción. Es también autora de cuatro novelas históricas